

## LIBRO III

### Elocución oratoria.

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### ELOCUCIÓN PROPIAMENTE DICHA

#### I

#### Idea de la elocución oratoria.

El orador, después de haber hallado lo que va á decir (invención), lo ha dispuesto en el mejor orden (disposición); sólo le falta, pues, *decirlo*, lo cual constituye la tercera parte de la retórica llamada *Elocución*, que puede definirse: «La conformidad de las ideas, palabras y sentencias con los argumentos; ó más brevemente: es la enunciación del pensamiento por medio de la palabra.»

La elocución es al discurso lo que el colorido á la pintura. El fondo, y lo que constituye, por decirlo así, la naturaleza del cuadro, es la figura, que debe tener bien señalada, de manera que cada parte esté en su lugar, y que resulte un todo bien proporcionado; pero el color le es necesario para adornarla, para ataviarla y darle brillantez y hacer la expresión perfecta; del mismo modo en la elocuencia los argumentos constituyen la esencia del discurso; el orden y la disposición

forman el diseño y los contornos; la elocución acaba la obra y le da el alma y la vida, la gracia y el vigor.

En la elocución propia de la oratoria, dice Coll y Vehí, lo mismo que en lo perteneciente al fondo y al plan del discurso, se combinan y auxilian mutuamente los elementos filosófico y poético.

La oratoria emplea todos los tesoros de la *imaginación*, pero con menos abundancia que la poesía. Como no los emplea con un fin puramente artístico, carecen del valor propio que tienen en las composiciones poéticas, y sólo adquieren un valor secundario. Un estilo muy sobrecargado de imágenes sería vicioso en una composición oratoria.

No sucede lo mismo con la *sensibilidad* que con la imaginación; las pasiones violentas son más propias de la oratoria que de la poesía, porque la oratoria se mueve dentro de la esfera de la realidad y de los intereses positivos y del momento, y hasta las pasiones personales y el amor propio toman en las discusiones una parte que muchas veces las rebaja.

Por consiguiente, las figuras lógicas y patéticas son las que más caracterizan el estilo oratorio. Las pintorescas, las de dicción y los tropos deben emplearse con mucha más sobriedad que en la poesía, y nunca por vía de ornato, sino con el principal objeto de aumentar la claridad ó la energía de un pensamiento ó de alguna prueba.

Estas diferencias se reflejan en el *lenguaje*: la oratoria emplea *voces* más nobles que la prosa vulgar; evita, en cuanto cabe, los términos técnicos; pero repele, por otra parte, las voces poéticas y carece de voces peculiares y privativas. No emplea la *construcción* tímida y llana del estilo didáctico, ni la frase caprichosa y vagabunda de la conversación; pero tampoco tolera la libertad del hipébaton del poema, ni una construcción tan esmerada y artificiosa; aprecia la *sonoridad* de la

cláusula y hace gala de períodos numerosos y rotundos; pero está muy lejos de doblarse al yugo de la verificación, ni aspira tampoco á una armonía imitativa tan rigurosa.

La *amplificación* es una de las propiedades más características de la elocución oratoria. La rigurosa precisión de la ciencia, ó la concisión y rapidez de la frase poética opondrían graves dificultades á la inteligencia del sentido. Las obras destinadas á la lectura permiten la meditación detenida, las interrupciones, el descanso; en el discurso pronunciado, la atención debe ser sostenida, y el pensamiento de los oyentes se ve precisado á volar con la misma ligereza que la palabra del orador.

La elocución oratoria, en fin, tiene en la *acción* su complemento, y ésta en aquélla. La actitud, el semblante, los ademanes, los gestos, los gritos inspirados por la naturaleza, son la expresión genuina de la sensibilidad; pero serían insuficientes y toscos para penetrar en las interioridades del pensamiento. Cuando ambos lenguajes se reúnen en una conversación interesante ó en los grandes teatros de la elocuencia, la expresión toma un valor, una animación que en vano intentarían reproducir las vivas imágenes de la Escritura.

No se extrañará el efecto que causan estos diversos elementos, si se tiene en cuenta que en la palabra hay que considerar dos cosas: la palabra misma y el modo de enunciarla, que es lo que se llama *elocución propiamente dicha* y *acción*.

Esta ha sido también la razón que nos ha movido, siguiendo á muchos retóricos, á unir en un mismo libro esas dos partes de la retórica, á las cuales agregamos lo relativo á la improvisación, que en parte se refiere á la acción.

## II

## Cualidades del estilo oratorio.

En la primera parte de nuestro tratado estudiamos las reglas generales de la elocución y las cualidades más necesarias para la belleza del estilo; aquí sólo añadiremos algunas reflexiones acerca del estilo oratorio.

Sabido es que constituyen la elocución oratoria tres elementos: la *verdad* en la inteligencia, el *colorido* y la *vida* en la expresión; ó, si se quiere, la elocuencia es el alma del orador, que busca la de los oyentes, encantándola con el atractivo de la dicción, cautivándola con el poder de la verdad, y reduciéndola con el irresistible atractivo del amor. Por esta razón en todo discurso hay que agradar, instruir y mover, de lo cual resultan las tres cualidades esenciales del estilo oratorio: *conveniencia*, *claridad* y el *patético*.

*Conveniencia*.—Entendemos por ella la conformidad del lenguaje con la naturaleza del asunto, con el fin que se propone el orador, y con las circunstancias que le rodean.

En cuanto al *asunto*, exige la conformidad que el estilo sea sencillo, medio ó elevado, según sea la materia que se trata.

El *fin* que el orador se propone puede ser enseñar al auditorio ó excitar sus afectos. En el primer caso, hablará con naturalidad y sencillez; en el segundo se valdrá de tropos y figuras.

En cuanto á las *circunstancias*, ha de considerar el orador á quién habla, á qué personas ó cosas hace hablar, la oportunidad de lo que dice, las circunstancias que le rodean, y, por último, ha de considerar si él mis-

mo tiene la autoridad y competencia que se necesita para hablar con acierto.

Alcanzará la conveniencia el estilo del discurso, si el orador se forma una idea exacta del asunto. El arquitecto que quiere delinear un palacio no se fija en la imagen de un templo. Grabe, pues, el orador en su alma la idea de su composición, y engendrará en sí mismo, para derramarla en seguida en su estilo, esa igualdad encantadora de ideas, afectos y expresiones que es la que caracteriza á los maestros del arte, y esparce tanto agrado en la lectura de sus obras.

El orador deberá también evitar con cuidado la monotonía, para lo cual procurará variar el estilo. En el exordio, será *digno* y *modesto*; en la narración, *claro* y *sencillo*; en la argumentación, *conciso*, y en los movimientos patéticos, *vivo* y *sublime*.

*Claridad*.—Así como la luz nos manifiesta las bellezas de la creación, así la claridad, luz del discurso, nos revela los elementos de belleza en él derramados. La claridad es, pues, en toda ocasión la cualidad principal á la cual, si es preciso, deben sacrificarse todas las otras. *Prima virtus perspicuitas*, dice Quintiliano.

La claridad del estilo, además de estribar en la corrección gramatical, en la buena estructura de las cláusulas y en la propiedad de las expresiones, de lo cual hemos dicho ya lo bastante, depende del completo desarrollo de los pensamientos y de la precisión de las palabras. Un orador, ha dicho Maury, nunca se preguntará bastante á sí mismo, sea en el acto de componer, sea en el de limar sus producciones, qué es lo que quiso decir en tal pasaje y si lo ha dicho en realidad.

Las mejores cosas desagradan si están mal expuestas, y la inexactitud en el lenguaje tiene los inconvenientes de distraer la atención y provocar la crítica: *Cavenda tamen diligencia putida*, como dice el Reverendo P. Roothaan.

Esta cualidad, necesaria en toda composición, lo es mucho más en el estilo oratorio, pues los oyentes no pueden, como los lectores, volverse á un pasaje que en un principio no hubieran entendido, ni por lo general son gente ilustrada. ¿De qué serviría, dice á este propósito San Agustín (1), una llave de oro, si no abre el lugar en donde quiero entrar, ni qué mal hay en que sea de madera si lo abre? «No sólo cuidará el orador, dice Quintiliano (2), de que le entienda el auditorio, sino que hablará de modo que no pueda menos de entenderle.» «Agrada, añade H. Blair, y es digno de alabanza, un autor que nos libra de toda fatiga para entenderle, y cuyo estilo corre siempre semejante á un arroyuelo limpio en que vemos el suelo mismo (3).»

El medio para ser claro consiste en dominar el asunto, saber manejar el idioma y ponerse en lugar de los oyentes.

Se ha de procurar, á ser posible, unir la claridad á la brevedad, puesto que el todo que la claridad exige que se exprese en el estilo, es el todo necesario, ya que lo que no sirve para esclarecer, confunde. «Las pocas palabras, escribía Séneca á Lucilio, entran y se apoderan más pronto de nuestro ánimo; por lo que conviene hablar, no lagarmente, sino con eficacia.» Guardémonos empero de dar en el vicio opuesto. Pero téngase presente que más conviene al orador una dicción copiosa que una dicción concisa. A los oídos agrada la brevedad, pero mucho más agrada la copia ó facundia.

El *estilo patético* es el que conviene al lenguaje de las pasiones; por eso no es hijo del arte: la misma emoción que experimenta el orador es la que le sugiere expresiones fuertes y enérgicas, imágenes seductoras, sentimientos vivos, movimientos y figuras apasionadas.

(1) *De Doctr. christ.*, lib. iv, núm. 26.

(2) *Inst.*, lib. viii, núm. 2.º

(3) Lecciones sobre la Retórica y las bellas artes.

Para hacer que la verdad triunfe y arrastre en pos de sí la voluntad, es menester hacer un acertado uso de las ampliaciones oratorias, desenvolviendo los hechos, presentándolos bajo aspectos diferentes y poniendo ante los ojos, retratado con vivos colores, todo el horror del vicio y el seductor encanto de la virtud. El orador cristiano, dice San Agustín, busca el convencimiento y el agrado para lograr la persuasión. El que no avanza hasta ella, se queda á medio camino.

#### Cuadro analítico de la elocución sagrada.

